

## De la experiencia a la escritura

El itinerario de un testimonio ejemplar en Santa Margarita María de Alacoque según el Manuscrito de Avignon

*Jaime Pérez-Boccherini Stampa*

*Responsable del Aula de Teología desde el Corazón de Cristo (Getafe-Madrid),  
adscrito al Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso de Toledo.*

### 1. Evocando palabras olvidadas

Comenzaré estas páginas con una anécdota personal. Cierta mañana de verano, paseando por las deliciosas callejas del Quartier Saint-Jean, en el casco histórico de Lyon, a la sombra de la catedral, me topé con una tienda de libros viejos. A la entrada se ofrecían ejemplares diversos, que parecían, al igual que los viandantes a su alrededor, gozar ellos asimismo de recibir el tenue sol de final de agosto sobre sus lomos llenos de arrugas y cicatrices centenarias. Ojeando los títulos me hallé con el siguiente, que en sus páginas interiores rezaba así:

Retraite spirituelle pour un jour de chaque mois, par le Père Jean Croiset, de la Compagnie de Jésus. Nouvelle édition, revue, corrigée et augmentée des Prières du matin et du soir, d'un Exercice durant la sainte Messe, et de plusieurs Instructions et Prières pour la Confession et la Communion. Tome premier. À Lyon, chez Perisse Frères, Libraires, rue Mercière, n° 33. À Paris, chez Méquignon Junior, Libraire, rue des Grand-Augustins, n° 9. 1822.

Se trataba de un libro con meditaciones siguiendo el patrón de un mes de ejercicios ignacianos; en el prefacio contiguo se nos informaba que por aquel año 1822, el de su publicación, la presente obra ya llevaba corridas más de 25 ediciones y versión a tres idiomas. Las resonancias que despertó en mí aquel encabezado comparecen directamente, por dos aspectos, a beneficio del presente estudio. El primero en cuanto al autor y lugar editorial: el P. Jean Croiset, SI, nacido en Marsella en 1656 y fallecido en Avignon en 1738; y el lugar de publicación, la propia ciudad del Ródano. Croiset se ha hecho célebre por haber sido el último confidente de Santa Margarita María de Alacoque y el primer gran difusor, por encargo de la santa visitandina,

de la espiritualidad del Corazón de Jesús, mediante el gran libro, igualmente compuesto a base de meditaciones, que aquella le encargara escribir y publicar: *La Devoción al Sagrado Corazón*, obra que salió a la luz en Lyon. Precisamente, a lo que nos vamos a referir en el presente trabajo es a una colección de diez cartas dirigidas por la Santa al P. Croiset y que constituyen lo que se ha venido a denominar el “Manuscrito de Avignon”. Al inicio de esta decena epistolar, en nota a pie de página, leemos en la edición castellana más popular, a día de hoy, de los escritos de Santa Margarita, a cargo del P. José M<sup>a</sup> Sáenz de Tejada, SI, una esclarecedora exposición de la naturaleza y origen de este selecto epistolario. Lo transcribimos:<sup>1</sup>

Las diez cartas que van a continuación estuvieron muchos años inéditas y ocultas, hasta que el 25 de octubre de 1888 las descubrió el P. F. Víctor Vieille, SI, en un antiguo manuscrito de una biblioteca de Aviñón. Pronto las publicó el *Mensajero del Corazón de Jesús* que aparece en Tolosa, de Francia. De él las tomó y publicó traducidas el *Mensajero español*, en los años 1890 y 1891. Sin embargo, la segunda se había ya publicado por aquel *Mensajero* el 1874 conforme al original mismo que se conservaba en el Monasterio de la Visitación de Bolonia en Italia. Estas diez notabilísimas cartas fueron escritas desde el 14 de abril de 1689 hasta el 21 de agosto de 1690, y dirigidas todas ellas al célebre P. Juan Croiset, SI, ventajosamente conocido por su precioso librito *La Devoción al Sagrado Corazón*, y otras obras ascéticas, y por su íntimo trato con la Santa Evangelista del Divino Corazón. Esta le escribía con el corazón en la mano. El objeto de las diez cartas no es otro que el de preparar al futuro apóstol para cumplir su gloriosa misión en orden a la propagación de la preciosísima devoción, y comprometerle a que escriba el libro que a este efecto pedía el mismo Señor — el arriba citado— y que de hecho publicó en Lyon el 1691, y ha sido, sin duda, el que más ha propagado el conocimiento y amor del Divino Corazón.

El segundo aspecto que resonó en mí fue la delicia del hallazgo. Siempre es un gozo redescubrir américas, como lo era en este caso rozarse con dos libros estropeados, vendidos a un precio irrisorio, supervivientes reliquias de un best-seller dieciochesco... Y aquí entramos al meollo de estas líneas: El máximo ideal en que se cifran las cartas aviñonesas a Croiset consistió en hacerle participar a aquel jesuita del carisma de Santa Margarita María consistente en volver a atraer la mirada de la Iglesia al misterio fontal tantas veces olvidado del Corazón de Cristo, en mensaje de revelación

---

<sup>1</sup> J. M<sup>a</sup> SÁENZ DE TEJADA, *Vida y Obras de Santa Margarita M<sup>a</sup> de Alacoque*, (Sevilla, Apostolado Mariano 2003), nota 60, 297-298.

a la doliente humanidad moderna. Justamente, el manuscrito con las cartas de Avignon fue localizado por un correligionario del jesuita Croiset cerca de doscientos años después de que aquellas cartas alcanzaran a su destinatario.

Con toda perseverancia el ser humano apetece verdades que considera justamente olvidadas o escondidas. Porque hay verdades que fueron olvidadas para ser recuperadas más tarde, pero casi siempre lo son con acentos nuevos y distintos. O sea, que digámoslo claro: Lo que vuelve nunca es lo mismo pero siempre conviene que lo nuevo se cimente sobre el propósito de su restauración. Ese es el secreto del desarrollo de toda tradición, que nunca podrá reducirse ingenuamente a tradicionalismo ni tampoco prescindir de aquella por parte de ningún caduco progresismo. Baste un gran ejemplo: Con su *Ciudad de Dios*, San Agustín excusa a la Providencia de la ruina de la Roma pagana y solo de ese modo logra fundar teológicamente la renacida Roma cristiana que, sin embargo, seguirá siendo la única Roma eterna. Por eso es inevitable y necesario que a lo largo de la historia se alcen otros tantos arturos dispuestos a frenar la decadencia de Camelot rebuscando un inasible Santo Grial, antiguo y desaparecido. Pero sabiendo bien que el eterno retorno, que fuera acuñado por el pensamiento pagano, es toda una quimera, pese a su ansiosa defensa por Nietzsche o por tantas y recurrentes fantasías de la física moderna, y aunque Borges simpatizara con él y lo defendiera en boca de Euforbo el hereje, ya con un pie en la hoguera: «Esto ha ocurrido y volverá a ocurrir, —dijo Euforbo—. No encendéis una pira, encendéis un laberinto de fuego. Si aquí se unieran todas las hogueras que he sido, no cabrían en la tierra y quedarían ciegos los ángeles. Esto lo dije muchas veces. —Después gritó, porque lo alcanzaron las llamas—»<sup>2</sup>. Pero no, el tiempo no vuelve. Bien lo intuyó aquel arqueólogo al rescatar la áurea tumba faraónica de Tutankhamon de su descanso de 32 siglos: «Pero lo que impresionó más a Carter y a los demás presentes fue, como él lo describe: “... aquella pequeña corona de flores, emocionante despedida de la joven viuda. Todo el esplendor regio, toda la magnificencia, todo el brillo del oro palidecía ante aquellas flores marchitas que aún conservaban el brillo mate de sus colores originales. Ellas nos decían más claro que ninguna otra cosa que los milenios pasan”»<sup>3</sup>.

No obstante, por doquier existen vestigios del oscuro presentimiento en el hombre de vivir habitualmente de espaldas a muchas verdades olvi-

<sup>2</sup> J. L. BORGES, *El Aleph* [«Los teólogos»] Alianza Editorial, Madrid 2001, 45-46.

<sup>3</sup> C. W. CERAM, *Dioses, tumbas y sabios*, Orbis, Barcelona 1985, 200.

dadas y cuya vuelta a la luz traerá consigo una salvación. Es el gran motivo que anida en lo que supone casi el origen de toda la filosofía, a saber, el mito de la caverna de Platón sobre las ideas innatas arrojadas a la desgracia de este mundo; la recepción de Platón se actualizó bellamente en las reflexiones de Heidegger en el pórtico de *Ser y tiempo*, en que desde su retiro de Todnauberg clamaría contra el olvido de la pregunta por el ser. Claramente consolida una constante creativa de la cultura humana el peregrinaje hacia atlántidas sumergidas o hacia tierras arrebatadas, como nuevos ulises homéricos que desde innumerables diásporas se lanzan a la búsqueda delirante de Ítaca. En última instancia, reverberan así por doquier, en la historia de la cultura, pobres pero inevitables ecos de la nostalgia por un paraíso perdido a causa del pecado original, que es lo que sí define, en la perspectiva de la fe, la más trágica y horrorosa derrota, la suma de todos los fracasos, amnesias y extravíos posteriores, y que tan épicamente supo resaltar John Milton en su *Paradise lost*. Anheló entonces del hombre ha sido siempre el de atisbar nuevos caminos de redención y vislumbrar los contornos secretos que los jalonan.

La devoción al Corazón de Cristo ha marcado, en la historia de la Iglesia, un regreso paradigmático a una de esas sendas, hoy muy olvidada, hacia el encuentro puro con Jesucristo. Y lo ha hecho bien. La palabra misma “corazón” es una palabra esencial y simbólica que aúna y trasciende las dimensiones corporales y espirituales del hombre. Es, por eso, una “protopalabra”, en definición de Karl Rahner<sup>4</sup>. Así aplicada es una palabra que debió ser restaurada plenamente de nuevo, al decir del otro Rahner:<sup>5</sup>

Cada falta de comprensión para la eterna palabra “corazón”, constituye una verdadera tragedia espiritual, y, en cambio, siempre que se mantiene vivo un auténtico saber acerca de los misterios del corazón de Nuestro Señor, como lo es el que se cimenta sobre la palabra bíblica, ha sucedido algo decisivo en el reino del espíritu: Dios ha sido comprendido como Él mismo se dio a conocer, de corazón a corazón.

Fue Santa Margarita María, la “santa evangelista del Divino Corazón”, la que, en medio de las sombras del creciente jansenismo de su época —y todavía no desaparecido— tuvo la misión de recuperar el grito bíblico de que

---

<sup>4</sup> Cf. K. RAHNER, *Escritos de Teología*, III, Madrid 1961, 361.

<sup>5</sup> H. RAHNER, «Ideas para una fundamentación bíblica de la devoción al Corazón de Jesús», en: AAVV., *Cor Salvatoris*, (Barcelona, Herder, dirigido por Josef Stierli, publicado en colaboración con Richard Gutzwiller, Hugo Rahner y Karl Rahner, introducción por Jesús Solano, 1958), 59.

Dios tiene corazón; ese fue su testimonio, tal y como quedó estampado en el epistolario del Manuscrito de Avignon. A este propósito, las precedentes líneas querían sugerir una vía posible de reflexión antropológica que podría recoger algunos frutos de los que deseara el Cardenal Ratzinger:<sup>6</sup>

La consideración del corazón como lugar del encuentro salvífico con el Logos se fundamenta en la nueva síntesis del pensamiento patrístico, como la fórmula, por ejemplo, San Agustín a propósito de los Salmos: “*Redeamus ad cor, ut inveniamus Eum*” –volvamos al corazón para encontrarle–. Sería un trabajo precioso mostrar cómo se dilata y profundiza desde este punto de vista la base antropológica de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Mas valgan estas consideraciones para enmarcar la oportunidad teológica, incluso diríamos que el interés filosófico y cultural, de nuestro estudio sobre los escritos de la gran divulgadora moderna de la devoción al Corazón de Cristo. Desde luego, dicha devoción sirvió para revitalizar el encuentro con el Señor en un mundo cuya caridad envejece<sup>7</sup>. No faltarán algunos para quienes hoy se trate de una devoción vetusta. A esos tales se les podría esperar la célebre frase en el *Tenorio*: *Los muertos que vos matáis gozan de buena salud*; pero al margen de contabilidades estadísticas, ojalá este breve estudio propedéutico, confeccionado a base de simples glosas a las palabras de la Santa, muestre la riqueza y potencialidad de la experiencia espiritual de una mujer incomparable. Dejar paso a las palabras mismas de este bello epistolario, junto a nuestros modestos comentarios, lejos de arreglar un simple centón, orientará al lector a un acercamiento posterior y sistemático a los escritos de Santa Margarita María de Alacoque.

---

<sup>6</sup> J. RATZINGER, «El misterio pascual, raíz y objeto más hondo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», en: AA. VV., *Confirmación y desarrollo del culto al Corazón de Cristo*, EDAPOR Madrid 1982, 154-155.

<sup>7</sup> En sus visiones medievales del Corazón de Cristo, bellamente ha sido referido en la vida de Santa Gertrudis que «estaba reservado a los tiempos modernos el dar a conocer la suavidad de estos latidos, a fin de que la revelación de estas maravillas recaliente el mundo envejecido cuyo amor languidece». Cit. en: G. GUITTON, *Claudio La Colombière. Su ambiente y su tiempo*, EDAPOR. Madrid 1991, 143.

## 2. El relato de una experiencia<sup>8</sup>

### 2.1. *Vivencia singular*

Cuando indagamos en la lectura de las cartas del Manuscrito de Avignon, lo que encontramos con toda claridad es que nos enfrentamos a la caracterización que de su experiencia tan auténtica nos brinda Santa Margarita María. Esta experiencia nos aparece como algo peculiar e inesperado. Es la vivencia de una mística, porque es experiencia tejida de «gracias singulares»<sup>9</sup> de Cristo, de «puras liberalidades de su misericordia»<sup>10</sup>, de «continuas gracias»<sup>11</sup> en orden a una donación completa como «víctima de su Divino Corazón»<sup>12</sup>, a quien se ha entregado sin reservas como a su único tesoro<sup>13</sup>, riqueza ésta que, no obstante, aspira a difundirse amistosamente<sup>14</sup>: «Manantial inagotable, que se complace en derramarse con abundancia en favor de sus amigos»<sup>15</sup>, sin que ningún poder pueda oponerse<sup>16</sup>. Lo que, de hecho, busca la Santa es dar a conocer y amar ese tesoro, hasta el punto que, para Margarita, «las penas del infierno me parecían suaves para hacer reinar a este amable Corazón»<sup>17</sup>, en idea reiterativa para ella: «Yo le confieso que este deseo de hacer que sea conocido y amado, me obligaría a entregarme de buena gana a todos los tormentos más crueles, aun a los del infierno, a excepción de odiarle»<sup>18</sup>. Quiere que este don llegue a todos,

---

<sup>8</sup> A continuación citaremos según la edición y traducción del P. Tejada, aludiendo, por orden a los números de página, de párrafo y de línea, de la siguiente manera: El primer número indica la página. Después de la primera coma, el siguiente número indica el número de párrafo contando desde arriba. Después de la siguiente coma, el siguiente número indica la línea dentro del párrafo contando desde arriba. Si delante del número de párrafo o del número de línea precede un signo negativo (-) quiere decir que ese párrafo o línea hay que contarlos desde abajo. Si detrás del número de página y coma solamente aparece un número quiere decir que alude directamente al número de línea dentro del primer párrafo.

<sup>9</sup> 329, 2, -1.

<sup>10</sup> 340, 5, 1-2.

<sup>11</sup> 350, 5, 2.

<sup>12</sup> 321, 1, 2.

<sup>13</sup> Cf. 298, 2, 1ss.

<sup>14</sup> Cf. 338, 2, 1-2.

<sup>15</sup> 312, 3, 1-3.

<sup>16</sup> Cf. 318, 2, 16-17.

<sup>17</sup> 319, 3, 3-4.

<sup>18</sup> 300, 6, 1ss.

también a los poderosos, en justa compensación a que fueron los príncipes y reyes los que ordenaron la Pasión de Cristo:<sup>19</sup>

Hay otra cosa de la cual me siento muy impulsada a hablarle, por el gran deseo que el Sagrado Corazón tiene de ello, según me manifiesta. Y es el de la propagación de esta devoción en los palacios de los Reyes y de los Príncipes de la tierra, a fin de recibir tanto placer siendo amado y honrado de los grandes, como profundas fueron las amarguras y angustias que experimentó, cuando en su Pasión fue tan despreciado, ultrajado y humillado.

¿Cuál es la percepción global que tiene nuestra visitandina acerca de su experiencia de la devoción al Corazón de Jesús? Ella nos responde con un mensaje de carácter escatológico, ya que el Señor le hizo ver «esta devoción como uno de los últimos esfuerzos de su amor para con los hombres»<sup>20</sup>. Ese Corazón es como un “sol” radiante que ilumina en todas las direcciones<sup>21</sup>, a toda la Iglesia y la humanidad doliente y pecadora, pues las gracias que de Él recibe Margarita son para su comunicación a todos<sup>22</sup>. Este misterio es, en fin, y por tanto, como un libro abierto y comprensible para todo el que se acerque: «Se me ha abierto, como un gran libro, el amable Corazón de Jesús, donde me hace leer las admirables lecciones de su puro amor»<sup>23</sup>.

Además, la Santa se siente investida de la gracia de una misión específica en la extensión de dicha devoción, llamada divina cuyo contenido examinaremos en seguida, pero que cifra una misión consoladora e indudable<sup>24</sup>, de la que hace partícipe específicamente a todas las salesas: «Este divino Corazón es como un árbol hermoso que ha echado muy profundas raíces en la Orden de la Visitación, a causa de su pequeñez»<sup>25</sup>; pero habrá de coadyuvar a ello en su conjunto la Orden de San Ignacio, por la mediación primera de San Claudio de la Colombière<sup>26</sup>: «Si es verdad que esta devoción amabilísima ha nacido en la Visitación, progresará por medio de los

<sup>19</sup> 323, 2, 1ss.

<sup>20</sup> 319, 5, 8-9.

<sup>21</sup> Cf. 337, 6, 1-2.

<sup>22</sup> Cf. 321, 4, 6-9; 338, 4, 2.

<sup>23</sup> 350, 2, 1-3.

<sup>24</sup> Cf. 317, 4, 6-9; 360, 4, 2ss.

<sup>25</sup> 326, 8, 2-4. Cf. 308, -1.

<sup>26</sup> Cf. 317, 2, 1ss.

Reverendos Padres Jesuitas»<sup>27</sup>. Margarita ha recibido la llamada de servir a esta misión, y lo hace apasionadamente, pero es tarea a la que se considera como esclavizada por la gracia divina, que la dirige<sup>28</sup>, habiéndose apoderado de ella<sup>29</sup>, lo que le hace exclamar: «No tengo ya libertad ni poder sobre mí misma»<sup>30</sup>, y en ello descansa su confianza<sup>31</sup>. Su contento es el del Señor: «Con tal que Él esté contento, esto me basta; ya sea que me encumbre o me humille, que me consuele o me aflija, todo esto me da el mismo contento en su contento, fuera del cual no puedo yo hallar otro en la vida que pueda satisfacer mi corazón»<sup>32</sup>, en desposesión abnegada y habitualmente mortificante<sup>33</sup>:

A quien ese adorable Corazón tiene siempre como anegada en un mar de amargura y en un abismo de humillación y de confusión, para rendir homenaje por conformidad a aquella humillación y confusión en que siempre le tuvo a Él la divina justicia, por los intereses de su Padre eterno. Aun los movimientos de gozo que el establecimiento del Reinado de ese Sagrado Corazón dan algunas veces al mío, pasan como un relámpago y vuelvo a caer en seguida en esas amargas aflicciones en las que hallo una paz inalterable.

Se comprenderá por ello que toda esta experiencia, libremente asumida con “ardiente anhelo de padecer”<sup>34</sup>, deviene en vivencia humilde y aficionada a la Cruz, como camino «sembrado de cruces y de espinas»<sup>35</sup>, frecuentemente sazonado por las incompresiones ajenas<sup>36</sup>, que sin embargo la obligan a proteger su tesoro: «Satisfago demasiado mi gusto hablando de la cruz, la cual es como un perfume precioso que pierde el buen olor delante de Dios, cuando se la expone al viento de la demasiada locuacidad»<sup>37</sup>.

---

<sup>27</sup> 323, 6, 1ss. «Pero está reservado a los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús el dar a conocer el valor y utilidad de este precioso tesoro, del cual cuanto más se saca, tanto más queda por sacar». 309, 2, 1-3.

<sup>28</sup> Cf. 315, 3, 4ss.; 316, 1.

<sup>29</sup> Cf. 351, 1, 2.

<sup>30</sup> 301, 4, 6.

<sup>31</sup> Cf. 346, 5, -3.

<sup>32</sup> 307, 1, 1ss.

<sup>33</sup> 307, 3, 3ss.

<sup>34</sup> Cf. 308, 1, 6.

<sup>35</sup> 316, 5, 4.

<sup>36</sup> Cf. 318, 2, -6ss.

<sup>37</sup> 321, 2, 7ss.



El padecimiento es su “alimento dulce” y “plato delicioso”<sup>38</sup>, que la deja de él más «sedienta»<sup>39</sup> y que envuelve todas las gracias que recibe<sup>40</sup>, muchas veces en solidaridad de compasión vicaria con los pecadores<sup>41</sup> que hieren la “santidad de justicia”<sup>42</sup> de Dios. Hay incluso una proporción directa entre la extensión de la devoción al Corazón de Cristo y las penas que sufre Margarita: «Le confieso que mis padecimientos se aumentan a medida que aumenta la gloria del Corazón divino, con tal vehemencia, que a veces me parece que todo el infierno se ha desencadenado contra mí para reducirme a la nada»<sup>43</sup>. Sin embargo, ni al sufrimiento se aferra: «No queriendo más que a Él, ¿qué me importa que sea en medio de la consolación o de la aflicción?»<sup>44</sup>.

Los favores divinos no le hacen ensoberbecerse, sino todo lo contrario: «Él me hace verme a mí misma como un compuesto de toda suerte de miserias que quiere Él cambiar en un compuesto de sus infinitas misericordias»<sup>45</sup>; es más, es en esto en que se basa el motivo de tal predilección divina: «Desde el principio, mi divino Dueño hizo conocer a su indigna esclava que había escogido un vil instrumento para establecer el culto de su Sagrado Corazón y atraer los corazones a amar el suyo adorable»<sup>46</sup>. Tampoco cae en el orgullo de una autosuficiencia del día a día, sino que continuamente teme ser engañada por su vanidad, aunque sin dudar jamás de lo substancial de su misión<sup>47</sup>.

## 2.2. *El gran secreto*

Como acabamos de ver, la santa salesa se reconoce a sí misma como propagadora del “tesoro” y “libro” del Corazón del Señor que, no obstante, es desconocido para muchos y, por lo tanto, constituye como un secreto

---

<sup>38</sup> «No puedo vivir un momento sin sufrir; y mi alimento más dulce, y mi plato más delicioso es la cruz compuesta de toda clase de dolores, penas, humillaciones, pobreza, menosprecio y contradicciones, sin otro apoyo ni consuelo que el amor y la privación». 321, 2, 1ss.

<sup>39</sup> 346, 3, 1.

<sup>40</sup> Cf. 322, 1, -5ss.

<sup>41</sup> Cf. 345, 2, 7ss.

<sup>42</sup> Cf. 345, 3, 1-4.

<sup>43</sup> 355, 2, 6ss.

<sup>44</sup> 346, 3, 5-7.

<sup>45</sup> 321, 4, 11-14.

<sup>46</sup> 347, 4, 1-4.

<sup>47</sup> Cf. 362, 4, 4-5.

por descubrir, y esa es la misión que le ha sido encomendada a ella y sus hermanas: «Aunque este tesoro de amor sea un bien propio de todo el mundo, y al cual todos tienen derecho, ha permanecido, no obstante, siempre oculto hasta el presente, que ha sido dado a las religiosas de la Visitación»<sup>48</sup>. A veces será mejor que lo más íntimo de la Santa quede custodiado en ese centro oculto, como cuando Margarita le ruega a su confidente: «Y puesto que quiere que le diga sencillamente mis pensamientos, hágame el favor de todo quede en el secreto del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo»<sup>49</sup>. Será una petición reiterativa: «Le repito que todo esto quede en el secreto de ese divino Corazón»<sup>50</sup>. El contacto vital con esa fuente de secretos que es el Divino Corazón supone alimentar una actitud construida sobre la base de la discreción, la modestia, la lealtad y el recogimiento, como cuando, por ejemplo, leemos: «Por lo que me toca al secreto, no debe temer que falte yo a él por mi parte»<sup>51</sup>, o porque así lo exija la materia misma de ciertas confidencias espirituales, y en ese sentido leemos una petición no infrecuente en nuestra Santa: «Me dé la seguridad de que todo cuanto le he dicho o le dijere, quedará reservado bajo el sello de un inolvidable secreto, no hablando jamás de mí para darme a conocer, ni durante mi vida ni después de mi muerte»<sup>52</sup>; o las simples expresiones de estos sus deseos de vivir una vida escondida, tan propia del carisma de su instituto, inmersa en el silencio del anónimo recogimiento en que se apoye una paz sin turbaciones: «Bastantes cosas que desearía quedaran sepultadas en un eterno silencio»<sup>53</sup>; «dejándome a mí desconocida, conservará en paz mi alma y me hará contar este favor en el número de los mayores que le debo»<sup>54</sup>; o, en resumidas palabras: «Que todo esto quede bajo un inviolable secreto»<sup>55</sup>, y: «Ya le he dicho que de ninguna manera quiero ser conocida»<sup>56</sup>.

Al momento de estas cartas, el mayor frente de peligro para el pretendido anonimato de la Santa proviene, por una parte, de la correspondencia misma con el joven jesuita. La santa salesa le urge a no conservar sus cartas y a quemarlas, petición que, evidentemente, el religioso no cumplió, y

---

<sup>48</sup> 308, 4, 1-4.

<sup>49</sup> 308, 3, 1-3.

<sup>50</sup> 310, 3, 1-2.

<sup>51</sup> 311, 3, 1-2.

<sup>52</sup> 330, 3, 1-4; cf. 363, 1, 6.

<sup>53</sup> 330, 4, 4-5.

<sup>54</sup> 330, 3, 12-13.

<sup>55</sup> 339, 3, 3.

<sup>56</sup> 351, 3, 4.

así leemos manifestarle «la pena en que estoy de que no caiga [la carta] en otras manos que en las tuyas»<sup>57</sup>. El poder destructor del fuego deberá extenderse a los borradores de las cartas de Croiset, que no escapan a la inquietud de tan recelosa Hermana: «Me hará un gran favor en quemar todos esos malos borradores de cartas»<sup>58</sup>. En cuanto al libro que prepara el P. Croiset, a instancias de la misma Margarita, sus ruegos son taxativos: «No haga mención alguna de mí, ni de palabra, ni por escrito»<sup>59</sup>. Es grande el deseo de la salesa por la publicación de ese libro que tanto ayudará históricamente a difundir la devoción al Corazón de Jesús, y la solicitud por el mismo es el objeto principal de su correspondencia con Croiset, como ya hemos dicho, pero ese deseo es directamente proporcional a la viva repugnancia de Margarita de aparecer mencionado en él: «Mas no se olvide de lo que tantas veces le he rogado y le ruego ahora una vez más: Que en su libro no se haga para nada mención de mí; ni bajo ningún pretexto que se pudiera alegar sea yo por él conocida. ¡Si pudiera expresar la pena que padezco cuando se me nombra, y creen que tengo alguna parte en esta devoción!»<sup>60</sup>. La Santa entiende que esa publicación, que Croiset escribe a impulso de Margarita, es una obra querida por Dios cuyo fruto se perdería si ella misma fuese mencionada en sus páginas, a causa del peligro de lo que ella juzga ser la suya una vida escandalosamente alejada de las exigencias del mensaje del que Dios le ha constituido en pregonera: «Si se descubriere algo de mí en su libro, eso solo sería capaz de inutilizarlo y de quitarle toda su importancia y fruto, por no ser mi vida conforme a los grandes y excesivos favores que recibo de mi Dios. Esa es una de las razones que me obligan a ocultarlos cuanto puedo»<sup>61</sup>.

Pero no se piense que esta persistente modestia sea por timidez, sino lo es por piedad, y he aquí uno de sus engranajes: «No siento mayor consolación que la de verme olvidada y despreciada por las criaturas, a fin de tener más tiempo para consumirme en presencia del Santísimo Sacramento»<sup>62</sup>. En el fondo, es vivo anhelo de olvido de sí<sup>63</sup>, es amor a la Cruz en vez de a los honores, dádivas y adulaciones humanas: «¡Oh, qué dicha poder sufrir

<sup>57</sup> 357, 4, 1-2.

<sup>58</sup> 370, 3, 1-22.

<sup>59</sup> 354, 1, 2-3.

<sup>60</sup> 364, 5, 1ss.

<sup>61</sup> 366, 3, 3ss.

<sup>62</sup> 352, 7, 1-3.

<sup>63</sup> Cf. 344, 1, 1-2; 347, 1, 2-3. «No deseando más que extinguirme y quedar desconocida, despreciada y olvidada». 358, 3, 4-5.

siempre en silencio, y morir finalmente en la cruz, oprimida bajo el peso de toda suerte de miserias del cuerpo y del espíritu en medio del olvido y el desprecio!»<sup>64</sup>. A fin de cuentas, estamos hablando de una contemplativa claustral cuya sed solamente se apaga al contacto del Corazón de Cristo, que le hace desear: «Voy a sepultarme enteramente y a encerrarme en ese divino Corazón, para guardar en Él un perpetuo silencio»<sup>65</sup>. Al Señor mismo le place mostrar sus delicias a los amigos de su intimidad, como lo leemos declararlo a Margarita: «Ese divino Corazón se comunicará más fácilmente a sus secretos»<sup>66</sup>; de hecho, ella entiende que su discreción es la que quiere Dios y porque Él la quiere: «De ningún modo quiero que se advierta que soy parte en ello. Le aseguro en cuanto yo puedo conocerlo, que mi Dios no exige de mí ese sacrificio; que si yo conociese que Él lo quiere, no vacilaría un momento en ofrecérselo»<sup>67</sup>.

Son los progresos de la devoción misma los que a veces se sumergen en el secreto, bien sea por necesidad de las circunstancias<sup>68</sup>, o por prudencia ante los obstáculos, como cuando leemos que «nadie se atrevía a hablar de esto sino en secreto, porque habiéndose traslucido afuera, y oponiéndose fuertemente a esta devoción un gran siervo de Dios, todos se me echaban encima»<sup>69</sup>. Pero con harta mayor frecuencia, la expansión de la devoción obligará a Margarita a quebrantar penosamente su celosa reserva, lo que le hace recordar el esfuerzo de su primera gran confianza al P. de la Colombière, urgida, no obstante, por la obediencia a la moción divina: «Tuve que descubrirle, a pesar mío, lo que siempre había tenido oculto con tanto cuidado»<sup>70</sup>, activando con ello un proceso que providencialmente sería imparable, para humillación de la beneficiaria de unas gracias que acabarán siendo objeto del dominio público al imprimirse póstumamente los apuntes personales del jesuita que contenían las revelaciones a Santa Margarita: «Cuántas veces se lee lo que se ha sacado del Retiro del Reverendo P. de la Colombière, advierto que se imprimen en mí penas tan grandes, y me siento sumida en abismos de confusión y humillación tan extraños»<sup>71</sup>. Pero es-

---

<sup>64</sup> 343, 2, 4ss.

<sup>65</sup> 357, 2, 5-6.

<sup>66</sup> 315, 2, 9-10.

<sup>67</sup> 362, 2, 3ss.

<sup>68</sup> Cf. 317, 5, 3-5.

<sup>69</sup> 318, 2, 6ss.

<sup>70</sup> 338, 2, 5-7.

<sup>71</sup> 347, 2, 1-4.

tas reacciones no prueban sino la gran humildad de la Santa, al resguardo de cualquier riesgo de vanagloria.

### 2.3. *Hacia la alianza de corazones*

Las revelaciones del Corazón de Cristo lo son a sus amigos, porque a los que el Señor elige los constituye en sus amigos y en esa amistad se apoya la gracia divina. El primer gran confidente de Santa Margarita fue San Claudio de la Colombière, del que Cristo le dijo a la Santa era su “fiel y perfecto amigo”: «Él me lo prometió, añadiendo que me enviaría a su fiel siervo y perfecto amigo, que me enseñaría a conocerle y abandonarme a Él sin más resistencia»<sup>72</sup>. Estos amigos serán después instrumentos afilados en las guerras redentoras de la divina Providencia: «Él penetrará los corazones más insensibles por medio de la palabra de sus predicadores y fieles amigos, haciendo que sea como una espada ardiente que derrita en su amor los corazones más helados»<sup>73</sup>. Causa notable de esta imbricación de amistad y misión que está implicada en la devoción es que ella nace del centro de amor unificante del Corazón del Señor y lo que busca es reunir a todos bajo el cetro de su amor y, en efecto, «uno de los particulares efectos de esta devoción es el de reunir los corazones divididos y pacificar las almas»<sup>74</sup>.

No sorprenderá tanto, entonces, que Santa Margarita se dirija en todo momento a su confidente epistolar, el P. Jean Croiset, en términos de amistosa y cálida intimidad, por el solo hecho de que ella entiende estribar en ello la voluntad del Corazón de Cristo. Así, en la primera carta le titula «mi Reverendo Padre y Hermano mío muy amado en el Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo»<sup>75</sup>. La Santa no solo se entiende designada especialmente por la divina Providencia a la misión de contribuir a extender la devoción al Sagrado Corazón, sino que también encuentra en el joven jesuita una vocación divina singular, pareja a la suya. Son «los designios que Él tiene sobre usted»<sup>76</sup>. Ella misma se lo explicará claramente en estos términos, hablándole de unión de “bienes espirituales”: «En el Sagrado y amable Corazón que es quien únicamente ha hecho esta unión de bienes espirituales entre nosotros, y en el cual también yo la confirmo para siempre; tan

<sup>72</sup> 316, 3, 3-6.

<sup>73</sup> 325, 3, 4-7.

<sup>74</sup> 326, 2, 2-4.

<sup>75</sup> 297, 3, 1-2.

<sup>76</sup> 298, 3, 3.

ventajosa me es»<sup>77</sup>. Es el mismo Corazón del Señor el que les ha hermanado: «Mi muy querido Hermano en el Sagrado Corazón de Jesucristo (que quiere que le llame así)»<sup>78</sup>. El de “hermano” es un apelativo audaz pero entrañablemente repetido en la correspondencia de nuestra salesa hacia Croiset; se trata de una fraternidad anudada en un mismo carisma de contemplación y servicio al divino Corazón: «Mi querido hermano en este Divino Corazón»<sup>79</sup>, le dice; o, ya más simplemente: «Querido hermano mío»<sup>80</sup>. En realidad no puede ser otra la fuente de la íntima relación espiritual entre ambos, en una vinculación llevada a efecto casi exclusivamente a través de la tinta de las cartas que ambos se intercambian, sino el que comparten el mismo polo de atracción que es el misterio del Corazón del Señor, que se derrama afectuosamente a sus dilectos discípulos, y por eso el Sagrado Corazón les une en un mismo «manantial inagotable, que se complace en derramarse con abundancia en favor de sus amigos»<sup>81</sup>.

La unión entre ambos consagrados radica, por lo tanto, nada menos que en un pacto de alcance sobrenatural y para dicha de ambos, que hará inolvidable en cada uno el recuerdo del hermano, como se lo confiesa Margarita a su interlocutor: «No sé por qué desconfía de mí temiendo que le olvide y que quiera retractarme de un pacto y unión de bienes espirituales que me es tan ventajoso bajo todos conceptos, y que considero como una gran dicha mía»<sup>82</sup>. Este pacto o alianza tiene su vértice en el Corazón del Señor y en compartir derivadamente idénticos bienes espirituales que proceden del mismo. Concretamente, tanto Margarita como Croiset se sienten llamados, también, a donarse mutuamente el bien espiritual de sus oraciones e intenciones en pro de la santidad del otro<sup>83</sup>, lo cual hará acrecer el cúmulo de bienes espirituales, y esto es lo que le hace exclamar a la Santa:<sup>84</sup>

No dude, pues, más de que ruego por usted, puesto que sabe que, además de tener parte en el adorable Corazón de nuestro Soberano en todo el bien que yo pueda hacer y en todo lo que pueda sufrir con su gracia (ya que nos ha unido con igualdad de bienes espirituales como hermano y

---

<sup>77</sup> 298, 1, 4-7.

<sup>78</sup> 303, 3, 1ss.

<sup>79</sup> 306, 4, 1.

<sup>80</sup> 356, 3, 2.

<sup>81</sup> 312, 3, 1-3.

<sup>82</sup> 342, 3, 1ss.

<sup>83</sup> Cf. 319, 4, 5; 324, 3, 5ss.

<sup>84</sup> 313, 2, 1ss.

hermana, supliendo de su parte lo que falta a la mía, y por eso le llamo hermano en ese Sagrado Corazón); además, ofrezco una comunión todos los meses a su intención, con todo lo demás que ya le tengo dicho hago por usted.

Sin embargo, no es esta una amistad cerrada, sino auténtica y generosa en el Señor y, por tanto, queda abierta a que otros participen de sus beneficios en cierto grado o incluso en las mismas condiciones. Para empezar, están los que ayudan a esa unión incrementando el “capital” de sus bienes espirituales y, al hacerlo recibirán de Dios remuneración congrua con las rentas que patrimonializa dicha unión. Son esas las ideas que leemos a nuestra santa religiosa, sobrevenida en eficiente banquera de las gracias sobrenaturales.<sup>85</sup>

Hemos acrecentado nuestros bienes espirituales, porque un santo sacerdote se ha ofrecido espontáneamente a celebrarnos una misa todos los primeros viernes de mes, y yo le ofreceré una comunión. Tal vez ni imagina siquiera por qué me da tanto consuelo la unión de oraciones con las almas santas. Es que además de formar con ellas un buen capital para lograr por este medio mi santificación y mi eterna salvación.

Estos y cualquier otro también recibirán del Señor su correcto dividendo: «Recompensará a todos los que me procuren y dieren algún bien espiritual, porque ya no será a mí, sino a ese amable Corazón que se lo ha apropiado todo»<sup>86</sup>.

No obstante, los hay llamados a participar en pie de igualdad en semejantes uniones o alianzas de corazones, así deseada y promovida por la gracia divina, como sucede en el caso de la amistad del P. Croiset con otros dos correligionarios suyos: «Este divino Corazón recibirá, a lo que me parece, un gran placer en que haya una santa y estrecha unión entre los tres, es decir, unión de usted con esos dos santos religiosos, que le son también tan agradables, a fin de que, de común acuerdo, le glorifiquen cada uno en la manera que Él les diere a conocer que lo desea»<sup>87</sup>. El destino de esta red de alianzas es a afianzarse y a extenderse en número, a organizarse en comunión sobrenatural: «Si se pudiera formar una Asociación de esta devoción, en la que los asociados participaran del bien espiritual los unos de los otros, creo que sería esto muy grato a ese divino Corazón»<sup>88</sup>. No se ha de

---

<sup>85</sup> 313, 4, 1ss.

<sup>86</sup> 313, 4, 12-14.

<sup>87</sup> 341, 2, 2ss.

<sup>88</sup> 311, 4, 1-3.

olvidar nunca, sin embargo, que el objetivo de semejante unión es arder en celo por la gloria del Corazón de Cristo:<sup>89</sup>

No hay más remedio; ha llegado por fin la hora de que nuestros corazones se consuman enteramente en la ardiente hoguera del Sagrado Corazón de nuestro amable Jesús, ya que no pudiendo contener en sí mismo sus llamas, las lanza con tanto ardor en los corazones que haya dispuestos para recibirlas. ¡Abrasémonos eternamente en ellas!

Los asociados a este espiritual pacto vivirán como hermanos con una grande y única finalidad abnegada: «Allí es donde su puro amor quiere que en adelante vivamos como hermano y hermana para amarle, honrarle y glorificarle con todas nuestras fuerzas, inmolándonos y sacrificándonos sin reserva para lograr que sea conocido, amado y glorificado. ¡Cuánto le debo por haberle inspirado tanta caridad para conmigo!»<sup>90</sup>. Lo cual no impide que en esa unión de corazones con el Corazón de Cristo no haya reparto de tareas, de dones y de destinos diversos en la Tierra. Santa Margarita vislumbra claramente que su lugar quedará en la retaguardia contemplativa de la vida oculta y mortificada, mientras que el puesto de combate del P. Croiset ha de ser, en cambio, lanzarse a la vanguardia de los frutos apostólicos: «Su herencia, querido hermano mío, será, pues, el Tabor, todo resplandeciente de gloria; y la mía el Calvario hasta mi último suspiro, entre los azotes, las espinas, los clavos y la cruz sin otro consuelo ni placer que el no tener ninguno»<sup>91</sup>.

### **3. El proceso de la escritura**

#### *3.1. Paisaje de cartas*

El epistolario de la Santa es el resultado o último eslabón de una cadena de mociones divinas a las que Margarita se pliega con docilidad. Lo primero que adviene es la experiencia de la vivencia, asimilación y comprensión de su mensaje simbólico, que en cuanto tal no vamos a abordar directamente en estas páginas; luego corresponde el momento de traspasar tal experiencia a la permanencia del papel. Ella hace esto por obediencia, se somete venciendo sus repugnancias, y así se lo expresa a su corresponsal, con claridad que raya en la impertinencia, de la que generalmente su estilo se

---

<sup>89</sup> 329, 1, 1ss.

<sup>90</sup> 342, 3, 8ss.

<sup>91</sup> 343, 2, 1-4.



halla muy a salvo, irónicamente pues, en pleno siglo de cortesía versallesca: «Si no fuera del agrado de Nuestro Señor, no le contestaría yo nada, a pesar de toda la estima que Él me inspira hacia usted y a todo lo que me dice. Mas puesto que Él lo quiere, según yo pienso, le diré sencillamente, y sin artificio, todo lo que Él me inspira»<sup>92</sup>. Y salvo en lo que ella entienda ser del agrado del Señor, ni habla ni escribe, es que ni lo puede ni lo intenta: «Fuera de estos casos, le puedo asegurar que me siento tan incapaz de hablar o de escribir, que me parece imposible poder hacerlo»<sup>93</sup>, nos confiesa. Para tan humilde contemplativa vale lo mismo sean cartas o conversaciones de locutorio:<sup>94</sup>

Verdaderamente el ardoroso y justo deseo de vivir pobre, desconocida y olvidada y despreciada que desde mi tierna juventud me ha acosado siempre, me impediría escribir y comparecer en el locutorio jamás, si la obediencia, que es para mí una ley inviolable, no dispusiera otra cosa, no permitiéndome satisfacer esta inclinación; pero tendré la dicha de obedecer respondiéndole sencillamente y sin artificios, porque el amor no quiere otra cosa.

Dentro de este marco, le alegra mucho recibir las cartas del jesuita por las informaciones que contienen acerca de los avances del reinado del Corazón de Cristo<sup>95</sup>, y lo reconoce en distintos momentos, del modo más natural, como por ejemplo cuando escribe: «Cuánto consuelo me dan sus cartas»<sup>96</sup>; o también: «Mil veces le he bendecido al leer su carta»<sup>97</sup>. He ahí su súplica: «No deje, sin embargo, de escribir, como de ordinario, y yo le contestaré si puedo»<sup>98</sup>. La llegada de una de esas cartas resulta incluso en oportunidad de oración y agradecimiento en su plegaria: «Mi Reverendo Padre: Acabo de recibir la suya en presencia de mi adorable Dueño, delante del Santísimo Sacramento, donde la he leído con gran consuelo»<sup>99</sup>. Pero es difícil para ella escribirle a ratos libres cada carta, como se lo reconoce al destinatario: «Obligándome mi poco tiempo disponible a escribirle ésta a retazos, temo haberle dicho muchas veces la misma cosa»<sup>100</sup>. Ella es cons-

<sup>92</sup> 297, 1, 2ss.

<sup>93</sup> 310, 2, 5-7.

<sup>94</sup> 342, 2, 1ss.

<sup>95</sup> Cf. 304, 2, 1ss.; 359, 3, 3ss.

<sup>96</sup> 329, 2, 1.

<sup>97</sup> 343, 1, 6.

<sup>98</sup> 359, 1, 1-2.

<sup>99</sup> 359, 2, 1-3.

<sup>100</sup> 302, 2, 2-4.

ciente de que arriesga sus secretos, pues ahí quedan «las confidencias que le he hecho en mis cartas»<sup>101</sup>; ahora que también para escribirlas ella se pone en manos de Cristo para que lo permita, si el Señor no quiera suplir de otro modo lo que haya de confiar al poder de la pluma: «He rogado a mi Divino Maestro que, puesto que no me permitiría contestar a su precedente, tuviera la bondad de hacerlo Él mismo con la abundancia de sus gracias y los ardores de su puro amor»<sup>102</sup>.

De facto, su método de escritura es de una simpleza mística. Escribe tan sin asomo de vanidad o autocomplacencia que nunca revisa nada ni vuelve la vista hacia lo que ha dejado escrito; es lo que leemos, en respuesta a una de las misivas del jesuita<sup>103</sup>:

Su carta me ha servido de gran consuelo; pero debo confesarle que me aflige mucho tener que escribirle por la razón de que no siéndome dado leer mis cartas, ignoro lo que pongo en ellas porque lo olvido a medida que lo voy escribiendo y, como no sé si repito siempre lo mismo, me causa esto gran confusión y vivos deseos de no volver a escribir más.

El asunto a veces se enreda con otros destinatarios: «Recibí la carta del R. P. Gette, y asegúrele que le contesté. Casi al mismo tiempo respondí a la del R. P. Froment; sentiría mucho que se hubiera perdido la carta»<sup>104</sup> y, a la postre, alguna vez a las cartas les da por perderse, para horror de Margarita en el temor de que caigan en manos ajenas y salga a la luz su intimidad espiritual<sup>105</sup>. Pero según avanza la correspondencia, no frena la tendencia agráfica, sino se endurece y ha de venir la obediencia religiosa a arreglar las cosas: «Me ha prohibido volver a leer las cartas que escribo, porque cuando lo hacía no podía contenerme, y las rompía o quemaba»<sup>106</sup>. La batalla tocará fondo con otra de las cartas<sup>107</sup>:

Yo se la había entregado al R. P. Lean para que la quemara, mas nuestra Madre Superiora me lo prohibió. Por esto se la envió toda ajada, y no sé si la podrá leer; pero no he podido escribir otra. Y aún tengo intención de no escribir más a nadie, habiendo roto todo trato y comunicación en cuanto al locutorio y a las cartas con todos, a excepción de usted, por creer que to-

<sup>101</sup> 354, 4, 4-5.

<sup>102</sup> 303, 1, 1-4.

<sup>103</sup> 314, 3, 1ss.

<sup>104</sup> 352, 5, 1-3; cf. 368, 4, 1ss.

<sup>105</sup> Cf. 357, 3-4.

<sup>106</sup> 319, 2, 1-2.

<sup>107</sup> 354, 5, 3ss.

davía debo hacerlo. Porque no puedo resistir más al Espíritu que tan fuertemente me atrae a la vida oculta y desconocida, para aprender a amar y sufrir en silencio.

La suerte está echada, y la pobre Margarita, que quizás incluso se sienta, a veces, físicamente indispueta<sup>108</sup>, se contentará con amenazar en vano, al escribir: «No llevará a mal el no recibir más cartas mías»<sup>109</sup>. En definitiva, ella escribe como Dios le da a entender: «No está en mi poder hacerlo de otro modo, ni preparar nada para escribir; pero le diré sencillamente lo que Él me haga poner en el papel, sin cuidarme de su resultado»<sup>110</sup>. Pero tanto ahora como al principio no mueve a nuestra santa ningún apego desordenado ni por escribir ni menos todavía por cartearse con Croiset. Lo remacha con nitidez<sup>111</sup>:

Le confieso francamente que solo el interés del amabilísimo Corazón de mi Soberano es capaz de obligarme a hacer este esfuerzo. Y sepa que si Él no le hubiera escogido para darle el honor, la gloria que espera de usted por la obra en que trabaja, nunca me hubiera permitido, por más esfuerzos que yo me hubiera hecho, el hablarle tan confidencialmente y con tanta franqueza de corazón, aunque no ignoro, a la verdad, que todo esto no es inútil para usted.

### 3.2. *Un libro como meta*

El método de la escritura otorga fijeza y difusión al testimonio de Santa Margarita y a la enseñanza de las revelaciones que ella recibe. Es un instrumento muy eficaz, y también los demás apóstoles del Divino Corazón se verán impelidos a utilizarlo, como el propio P. Jean Croiset, al que le toca «procurarle todo el amor y gloria de que Él le hará capaz, sea de palabra, o por escrito, a fin de que por estos medios Él le haga igualmente partícipe de sus tesoros infinitos»<sup>112</sup>. En este punto es donde entra el objetivo fundamental de la correspondencia entre Margarita y Croiset, pues nuestra visitandina le manifiesta que Dios ha determinado que Croiset escriba un libro para difundir la devoción al Sagrado Corazón; así se lo dice la salesa con tono que sabe casi a mandato: «Si no me engaño, Él lo quiere de usted; y cuando le conceda tiempo y afición, dedicará sus escritos a tan digno obje-

<sup>108</sup> Cf. 370, 2, 1-2.

<sup>109</sup> 357, 2, 6-7.

<sup>110</sup> 303, 3, 4ss.

<sup>111</sup> 365, 2, 7 ss.

<sup>112</sup> 299, 2, 6-9.

to, sobre todo algunas meditaciones para algún retiro de diez o doce días, según Él le inspire»<sup>113</sup>. En fecunda tarea se convertirá la que carga a los hombros del jesuita; pero el ponerse él a ella le depara numerosas gracias frente a los obstáculos o las oposiciones diabólicas<sup>114</sup>. La consecución por Croiset de ese libro querido por Dios es de gran consuelo para Margarita, como lo dice<sup>115</sup>:

Creo, si no me engaño, que si me ha diferido el consuelo de enviarle esta respuesta, ha sido para dármele mayor ahora que ya le ha proporcionado el contento que esperaba con esa pequeña obra que no es más que el comienzo de lo que aguarda para más tarde. Ha hecho muy bien en no diferir por más tiempo, so pretexto de vuestras ocupaciones, porque ellas no le habrían servido de excusa legítima ante el Sagrado Corazón, después de haberle dado pruebas tan convincentes de su voluntad sobre el particular.

En realidad, las instancias por el libro de Croiset no se dan aisladas, sino enriquecidas en un contexto de inusitado fervor editorial. Sí, curiosamente, parte notable de la correspondencia entre los dos se ocupa del intercambio de libros o noticias acerca de los mismos; se diría que ambos se han abrazado en enredos literarios, pero siempre en favor de la devoción corazonista, lo que conforma la única explicación que encaja con una mujer, por otro lado, tan afectivamente indiferente a todo lo que no venga de Dios, tal y como venimos comentando. Así lo leemos, acerca de unos libros que le había enviado el joven Padre, «siendo muy grande mi agradecimiento por los libros que ha tenido la dignidad de enviarnos»<sup>116</sup>, sin embargo, «gran deseo tenía yo de conservar uno de los libros, pero su bondad no ha querido permitirlo, dándome a entender que su gloria exigía que yo los diera a aquellos a quienes Él quería, según me lo daría a conocer»<sup>117</sup>. A la inversa, a su vez, ella ejerce de recadera de libros con él, cuando le insinúa con timidez el sacrificio de un despojo “librero” a que el Señor le mueve: «Yo no sé si le agrada el impulso que Él me infunde de enviarle de su parte un librito que nos han regalado; una persona muy celosa de su gloria lo ha hecho imprimir. Me parece que Jesús quiere me despoje de él en obsequio suyo»<sup>118</sup>; en carta posterior vuelve a la carga con otro nuevo libro: «Quizá no le disgustará que le envíe uno de los primeros libros que ha sido

---

<sup>113</sup> 300, 5, 3-6.

<sup>114</sup> Cf. 304, 3-4.

<sup>115</sup> 303, 2, 1ss.

<sup>116</sup> 310, 3, 9-11.

<sup>117</sup> 310, 4, 1ss.

<sup>118</sup> 302, 2, 6ss.

impresos en honor de su divino Corazón»<sup>119</sup>; o con otro librito y sugerencias sobre ilustraciones y otras preocupaciones, incluidas las monetarias<sup>120</sup>. También habrá lugar para comentarios sobre reimpressiones<sup>121</sup>. Inesperadamente, cartas y libros consuelan a la mortificada religiosa: «Debo, pues, decirle que la lectura de la suya, con los libros que ha tenido la bondad de enviarnos, me ha hecho sentir tan gran transporte de alegría, que no pude contener mis lágrimas»<sup>122</sup>, y en ocasión posterior retenemos lo mismo de nuevo: «Ha tenido la bondad de presentarme algunos libros. Verdad es que jamás me hubiera podido hacer un obsequio más gustoso»<sup>123</sup>. Y todavía queda ánimo para ampliar los contactos entre tan variopinto gremio de editores: «Me instan fuertemente a que me dirija al autor de ese librito de Lyon»<sup>124</sup>; y tiempo más tarde: «Preciso es decirle aún, o más bien preguntarle, si le agradecería conocer a una santa religiosa que es la que ha hecho imprimir los libritos de Dijon»<sup>125</sup>; o finalmente, habrá también que agradecer la buena colaboración de algún librero, como cuando nos enteramos de «ese buen librero que se ha portado con tan buena voluntad, y que, con su generosidad, ha alcanzado un lugar en ese Corazón adorable, que le dará un asilo seguro en la hora de la muerte. Nada pudo hacer jamás que mejor le fuera recompensado»<sup>126</sup>.

Pero por encima de lo dicho, lo que importa sobremanera es el libro que está preparando el P. Croiset, «su libro»<sup>127</sup>. ¿En qué ha de consistir? Fundamentalmente, en un “retiro espiritual”, según la complacencia del Corazón del Señor, «conforme a su deseo»<sup>128</sup>. Leemos que «ese Retiro espiritual es lo que ese Divino Corazón pide con ardor para atraer a las almas a vivir según santas máximas, encerrándose con Él por amor»<sup>129</sup>. Ese deseo

<sup>119</sup> 311, 2, 7-9.

<sup>120</sup> «Pensé sucumbir a la tentación que tuve de enviarle un breve manuscrito de una versión del Oficio del Sagrado Corazón, en verso, pero he considerado que le costarían demasiado los portes, por serle una cosa inútil. Mucho me regocijará ver la imagen de ese santo Corazón en los demás libros cuya impresión esperamos, conforme a lo que nos decía [...] Le envío uno de los libritos que se hicieron imprimir al principio de esta devoción». 313, 5, 1ss.

<sup>121</sup> Cf. 311, 2, 14.

<sup>122</sup> 304, 2, 1-3.

<sup>123</sup> 323, 3, 2-4.

<sup>124</sup> 328, 4, 4-5.

<sup>125</sup> 341, 4, 1-3.

<sup>126</sup> 305, 1, 2-6.

<sup>127</sup> 351, 3, 3.

<sup>128</sup> 369, 3, 2.

<sup>129</sup> 305, 2, 10-12.

del Señor no puede ser más firme. Veámoslo cómo lo describe la Santa sin ambages, detrás de cuya importante declaración seguirá una lista de las promesas del Sagrado Corazón a sus devotos<sup>130</sup>:

Haga, pues, sin dilación, lo que de usted desea porque no puedo menos de decirle que me insta ardientemente a esto, por el vehemente deseo (que descubre cada vez más a su indigna esclava) que tiene de ser reconocido, amado y honrado de los hombres, para reparar las grandes amarguras y humillaciones que le han hecho sufrir y a los cuales quiere, por este medio, aplicarles el merecimiento de los mismos.

Cuando Croiset envía a Margarita un anticipo del libro, junto a otros libros varios, Margarita se llena de gozo<sup>131</sup>:

Le doy mil gracias por el regalo que me ha hecho, que es un tesoro para mí, del cual me despoja a veces el mismo Corazón divino más de lo que yo quisiera. Confieso que, tanto los libros como los puntos de meditación, me parecen conformes a lo que creo me ha dado Él a entender acerca del particular por el agrado y placer que a mi juicio en ello recibe; no dudo que sea Él mismo quien así os lo ha inspirado. Pero es menester, si no me engaño, acabarlo sin dilación, sino quiere que otro ocupe su puesto en esta obra, la cual me hace experimentar anticipadamente un consuelo incomparable.

Tal retiro, por lo que se ve con claridad, considera Croiset que debe perfilarse mediante una colección de meditaciones, lo que le parece bien a la santa salesa: «Mas, para responder alguna palabra a lo que me dice, de hacer doce meditaciones, una para cada primer viernes de mes, yo no veo que haya gran diferencia entre éstas y un retiro espiritual, que es lo que siempre he deseado y aún desearía al presente, si pidiera mi parecer, sin poder decirle otra cosa»<sup>132</sup>, y la cuestión será ya solo de atinar con el número de las sobredichas meditaciones<sup>133</sup>. Y sin olvidar la consabida consigna:

---

<sup>130</sup> 305, 3, 1ss.

<sup>131</sup> 339, 4, 1ss.

<sup>132</sup> 355, 3, 1ss.

<sup>133</sup> «He respondido a todos los puntos de su carta, en cuanto me ha sido posible, y acerca de lo que me proponía de no hacer más que doce meditaciones. Le confieso que nunca he podido cambiar nuestro primer deseo de que fuesen treinta, como me lo había indicado. No obstante, después de haberle manifestado mi pensamiento, como lo deseaba, me someto a todo lo que juzgue más a propósito». 358, 2, 1ss.

Ni mención de Margarita en el libro, bajo la pena de graves amenazas a la fecundidad espiritual del mismo<sup>134</sup>.

El trabajo lo asumirá entre sus manos el jesuita, y el proyecto de libro y su consiguiente realización irá tomando cuerpo carta tras carta, siendo Margarita, fiada de la omnipotencia de Dios<sup>135</sup>, la gran animadora del autor en medio de sus “penas” y “tentaciones” interiores<sup>136</sup> o “contradicciones”, “penas” y “obstáculos” exteriores<sup>137</sup> que con que el enemigo enfrenta la ejecución del libro, pero dejando a Croiset, en general, libertad para dejarse guiar por el Señor<sup>138</sup>. Entretanto, habrá que lidiar con un obstáculo repentino: El Padre François Froment decidió escribir un libro parecido al que planificaban Margarita y Croiset, que llevó por título *La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo*, y aquel jesuita se disgustó al enterarse del proyecto de la salesa<sup>139</sup>. Para abortar en la raíz el surgimiento de posibles celos entre los dos jesuitas, que se alzan como peligros frecuentes entre los que se vuelcan en el apostolado corazonista, y más aún ante el peligro de que Croiset se frenase en la determinación de su propio libro, nuestra santa visitandina transmuta sorpresivamente su papel de esforzada editora en diplomático avezado, y con rapidez se dirige a Croiset solicitándole que escriba a Froment sobre ello para aplacar cualquier malentendido, pero «sin darle a entender que yo tengo parte en ello»<sup>140</sup>. Habiendo conseguido eludir toda suspicacia, en la siguiente carta Margarita vuelve a informar a Croiset acerca de la insistencia de Froment con su libro y de que le ha pedido que le escriba al primero, pero no abandona las sutilezas diplomáticas: «El R. P. Froment está resuelto a continuar su obra. Le he indicado que haría bien en escribirle; pero, en nombre de Dios, no le haga mención ninguna de mí, por buenas razones»<sup>141</sup>. ¡La abnegada caridad obliga, a veces, a delicados disimulos!

Según vaya madurando el libro anhelado, también el Manuscrito de Avignon aproximará a su final la correspondencia epistolar entre los dos religiosos. En la novena y penúltima carta captamos ya iluminadores detalles del libro querido, cuya publicación debería imprimirse con el respaldo

<sup>134</sup> Cf. 366, 3, 3-6.

<sup>135</sup> Cf. v.g. 369, 6, 1-2.

<sup>136</sup> Cf. 368, 3, 1.

<sup>137</sup> Cf. 369, 2, 1-2.

<sup>138</sup> Cf. 367, 4, 7-9.

<sup>139</sup> Cf. 355, 4.

<sup>140</sup> 356, 1, 4-5.

<sup>141</sup> 358, 6.

de oportunas indulgencias; detalles cifrados en instrucciones de última hora de la Santa o recomendaciones y aprobaciones suyas.<sup>142</sup> Habrán de aparecer las letanías del Corazón de María; también un Oficio de mano del P. Gette, junto a un grabado con la Virgen María tendiendo su mano a San Francisco de Sales y San Luis Gonzaga. La Santa, asimismo, recomienda la inserción de una plegaria de ofrecimiento de obras al Corazón de Cristo<sup>143</sup>. De pósito a tantas provisiones vale, en resumen, el estilo de trabajo que acompaña al autor: «Mucho me agrada oírle que tiene intención de hacer su libro lo más perfecto que pudiere. Es mejor gastar en él más tiempo, pues nada le urge fuera del amor de mi adorable Salvador»<sup>144</sup>.

El libro que, cual nuevo Moisés ante la Tierra Prometida, Margarita no verá publicado en vida por una diferencia de nueve meses (de octubre a junio, que son los nueve meses de los primeros viernes de mes), finalmente va a ir resultando una obra del “agrado” del Señor, a destacar en él los actos de consagración y reparación<sup>145</sup>. Terminó la Virgen de Paray la última de las cartas “aviñonesas” instando al buen Padre Jesuita a que redoblase por ella las oraciones, ya que la visitandina se disponía a entrar en un “retiro” hacia el 12 de octubre: Fallecerá el 17 de octubre de ese año 1690<sup>146</sup>.

## Conclusión

Hemos efectuado ya nuestro recorrido panorámico por el bello epistolario “aviñonés”, verdadero testamento espiritual de Santa Margarita, la “heredera de los tesoros del Corazón del Señor”, al decir del mismo Cristo<sup>147</sup>. Ahora bien, lo que hemos ofrecido hasta ahora supone, como indicamos al comienzo, un examen preparatorio de las virtualidades del mensaje de la Santa según el Manuscrito de Avignon. Falta por realizar, que sería objeto de un nuevo estudio, el análisis interno, exegético y teológico, del núcleo mismo de dicho mensaje, que en realidad responde al requerimiento del Señor: «Si supieras cuán sediento estoy de hacerme amar de los hombres, no perderías medio alguno para ello»<sup>148</sup>.

---

<sup>142</sup> Cf. 364, 2-3.

<sup>143</sup> Cf. 369, 4.

<sup>144</sup> 364, 2, 1-4.

<sup>145</sup> Cf. 367, 4, 3-5.

<sup>146</sup> Cf. 370, 3.

<sup>147</sup> Cf. 335, 5, 4ss.

<sup>148</sup> 353, 3, -4ss.



Ha sido interesante comenzar nuestras líneas con un replanteamiento, en perspectiva filosófica y cultural y, en cierto modo, de evocación existencial, del problema de recuperar para nuestro tiempo eclesial el mensaje corazonista, que hoy se nos sigue sugiriendo como necesario y urgente, pese a las acusaciones de anacronismo que todavía se le alzan en contra. Seguidamente, hemos abordado las líneas maestras de la experiencia de la Santa, que se ve remarcada por su característica esencial de consistir en una vivencia singular, mística e inigualable. Esta vivencia esconde lo que podemos denominar un “gran secreto”, en cuanto que la revelación del misterio escondido del Corazón de Jesús transmite una sensibilidad hacia la caridad redentora del Salvador que, aunque haya estado siempre presente en la espiritualidad cristiana, ha quedado históricamente, una y otra vez, sepultada por otras sensibilidades o desviaciones, pero ha sido una y otra vez redescubierta por gracia de Dios en la historia de la mística católica, como es el caso de las visiones que Dios regaló a nuestra santa salesa. La experiencia de Margarita María conduce en ella a formular, por inspiración divina, una alianza de corazones entre los amigos de ese gran y sagrado Corazón, que forja con sus siervos un pacto vinculante entre hermanos.

Es esa experiencia de la visitandina la que germina el proceso subsiguiente de testimonio, un testimonio que por su naturaleza es radicalmente ejemplar y paradigmático, mediante la cristalización en su escritura. Primero, resultando movida y como obligada por la persuasión interior de Cristo, acontece el rico paisaje de cartas de la Santa. Concretamente, en segundo lugar, las cartas que aquí hemos comentado se fijan, además, el objetivo de movilizar al interlocutor de las mismas, el jesuita Jean Croiset, para que ponga por obra un libro que es el que, en tercer lugar, servirá históricamente para difundir en sus inicios el mensaje de Paray-le-Monial para toda la Iglesia.